

LA TERCERA DE LOS NEGOCIOS

¿Quién puede controlar el dinero?

HACE pocos días se ponía de manifiesto en la prensa económica la discrepancia existente entre el presidente del Banco Central Europeo, Jean Claude Trichet, y el presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos, Ben Bernanke, sobre algunos aspectos de la función que debía desempeñar el Banco Central. Para el primero, una función muy importante del Banco Central sería llevar adelante un seguimiento analítico muy riguroso de los agregados monetarios. Por el contrario, para el segundo, era más importante observar las tendencias del comportamiento de los precios. Dicho de otro modo, para Trichet el Banco Central debía conducir la política monetaria mediante un severo control de la oferta monetaria, mientras que para Bernanke sería la demanda monetaria la que orienta la ejecución de la política monetaria.

En estos debates de economía monetaria se esconden temas de mucho más calado que afectan al modo de entender la naturaleza de la política, y en último término la libertad de los ciudadanos. Simplificando hasta la caricatura, podríamos decir que se trataba de debatir sobre si el Banco Central "sabe más" que el público, o si por el contrario es el público, que "nunca se equivoca", quien debe guiar la política del banco.

En mi opinión, ninguna de las partes llevaba toda la razón. En un tema tan complicado como el control del dinero, toda simplificación resulta excesiva. Se requiere no sólo de toda la información disponible, sino sobre todo de mucha sabiduría, y de más sentido común. El dinero es una realidad compleja, difícil de entender, que sólo se comporta adecuadamente cuando se apoya en un alto nivel de civismo, y por supuesto, en un buen gobierno.

Conviene tener bien presente que el dinero es sobre todo una realidad política, en el sentido más clásico del término. Algo por sí mismo no visible, que remite a las estructuras institucionales que garantizan y hacen posible los proyectos de los ciudadanos. Su

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría



fundamento último es el modo en que los ciudadanos entienden y llevan a la práctica el sentido de la propiedad, y de las relaciones contractuales. Es decir, en la confianza en la honradez mutua. Una confianza que necesita ser visualizada, o materializada, mediante un símbolo, que es lo que de modo intuitivo el público llama dinero.

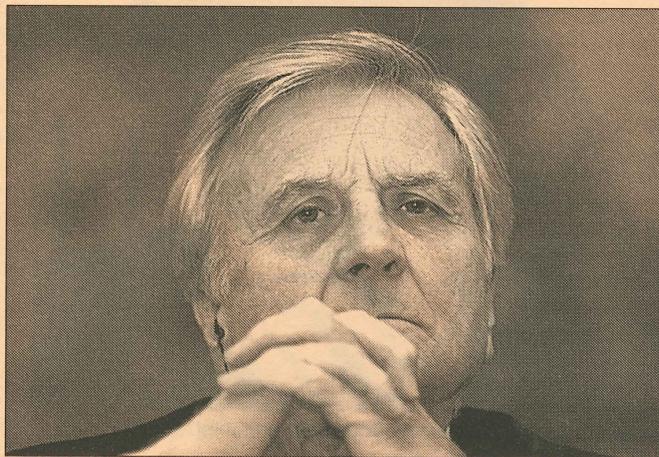
Es precisamente esa dimensión simbólica del dinero, que remite a una realidad social no visible, lo que hace tan difícil el arte de gobernarlo adecuadamente. Una tarea que en realidad incumbe a toda la sociedad. Ciertamente si se altera el símbolo monetario, se perturba la realidad social

simbolizada, pero sin que se sepa con exactitud en que sentido, ni en que magnitud. Por eso, cuando se hace inevitable manejar el símbolo, hay que prestar mucha atención a una multitud de aspectos, desde los institucionales, hasta los coyunturales. En tal caso, conviene tener muy presente la experiencia en el comportamiento de los entramados sociales, percibir los síntomas de pujanza o debilidad de la iniciativa privada. Lo importante es no perturbar el subyacente proceso social que constituye su realidad última: la formación de precios. Sólo de ese modo se puede acertar en el logro de la mayor adecuación posible entre el símbolo y la realidad simbolizada.

No es sencilla por tanto la función de los directores de un Banco Central. Se trata sobre todo de una delicada tarea política, que requiere habilidad y prudencia. El objetivo último es prestar un servicio a la ciudadanía, lograr que el dinero en su sentido más pleno sea sólido y estable, que refleje no tanto lo que los ciudadanos desean, sino lo que efectivamente pueden llevar a cabo. Para lo cual es necesario contar con todo el sentido común disponible.

Constituye un grave error considerar el dinero un simple artefacto perfectamente manejable por unos "expertos", de espaldas al público. Un error en el que tienden a caer los que tienen una visión materialista de la

economía. Para los que el Banco Central no sería más que una mera oficina de vigilancia y control de unos objetivos de poder fijados por un gobierno que presume saber más que sus ciudadanos. La experiencia de lo que sucede con la política monetaria en regímenes populistas, donde se da la desgraciada conjunción de una sociedad sin nervio cívico, con unos gobernantes iluminados, que no distinguen entre poder y autoridad, es prueba más que suficiente de que el dinero sólo se comporta bien si se fundamenta en la fortaleza de las instituciones, lo que en último término sólo es posible si la mayoría se esfuerza por ser honrada, y se pone al servicio del bien común.



El presidente del Banco Central Europeo, Jean Claude Trichet.

“
Conviene tener bien presente que el dinero es sobre todo una realidad política, en el sentido más clásico del término

”